



Entrada Libre

En busca de C. T. Loo

David Pilling

David Pilling vive en Hong Kong desde 2008 como editor de la sección Asia del diario *Financial Times*, de cuya edición del 26/27 de abril de 2014 se tomó esta nota. Historiadora del arte, G eral-dine Lenain pas  parte de su infancia en China y desde 2010 vive en Shanghai, es autora de *Monsieur Loo, Le roman d'un marchand d'art asiatique* (Arl s,  ditions Philippe Picquier, 2013). Traducción de Antonio Saborit.

FUE HACE CASI UNA DÉCADA, en París, cuando son  el teléfono de G eral-dine Lenain y en la línea se escuch  la voz de un varón.  Podr a reunirse con él en la pagoda del octavo distrito, junto al Parc Monceau? Era un asunto de cierta urgencia.  Podr a venir inmediatamente? “Tengo algo que mostrarle”, le dijo el hombre.

La pagoda, una astrosa construcción china de color rojo que contrasta con los toscos edificios de piedra gris ahí junto, bien la conocía Lenain. Adquirida en 1925 por C. T. Loo, el comerciante de artefactos chinos más famoso de su generación, la casa se había transformado en la galería parisina de Loo, la cueva de Aladino de los tesoros chinos. Eso fue lo que la hizo el conducto más importante de la antigüedad china hacia la Europa de su tiempo, un sitio con una reputación legendaria.

En ese entonces Lenain trabajaba para Sotheby's. El hombre que le había hablado por teléfono era el nieto de C. T. Loo. Nacido en 1880 en la provincia de Zhejiang, Loo había muerto en 1957. Pero lejos estaba de ser alguien olvidado, al menos para quienes

Antes de Loo la mayoría de los occidentales habían sido penosamente ignorantes de la antigüedad china.

mueven las antigüedades chinas más valiosas: los comerciantes de subastas, los coleccionistas particulares, los curadores de museos y los archivistas. Muchas de las cosas que trajo de China a Occidente están entre las propiedades valiosas de los museos que las compraron. Algunas valen millones de dólares. Otras se tienen por invaluable. “Durante años había manejado las cosas de C. T. Loo”, dice Lenain con cierto asombro. “Pero el hombre mismo siempre había sido un misterio”. Su vida, dice Lenain, era como un queso gruyere: “Lleno de hoyos”.

Lenain salió disparada hacia la pagoda en donde la llevaron ante un montón de cajas en la exhibitoria de Loo. De inmediato supo que había encontrado el cofre del tesoro. “Allí había 50 años de archivos personales de Loo, no sólo su correspondencia, sino todas las cartas de coleccionistas, instituciones, curadores, sus agentes en China y demás. Cincuenta años de vida”. Allí había también, tan importante como lo anterior, miles de fotografías de las piezas que Loo compró y vendió, cada una de ellas con la procedencia escrita en la parte de atrás. “Fue como una bomba”, dice en su leve acento francés. “Todo un mundo abierto de pronto para mí”.

Estoy sentado con Lenain en un falso café europeo en el vestíbulo del Peace Hotel en Shanghái, en donde ahora reside ella. Es una mujer elegante, al inicio de sus cuarenta, de ojos azules y cabello rubio. Poco después de descubrir las cajas en la pagoda, se mudó a Washington D. C., en donde empezó a trabajar como investigadora en las salas Freer y Sackler de la Smithsonian Institution. Allí, luego de toparse nuevamente con el apellido de Loo, empezó a investigar su vida. “La hija menor de C. T. Loo tenía 90 años en ese entonces y era el único testigo que quedaba. Si ahora no hablo con ella, me dije, se va a morir. Y luego nada”.

Lenain llamó a la hija de Loo, Janine, y le pidió permiso para escribir la biografía de su padre. “Al instante dijo que sí”. De esta manera empezó el romance de Lenain con un hombre que tenía cincuenta años de muerto. “Dormía con C. T. Loo, comía con C. T. Loo y me paseaba con C. T. Loo. Estaba obsesionada con este hombre”, dice sobre su investigación. “Era un genio. Malvado y genial al mismo tiempo”.

Entre quienes saben de Loo la opinión se divide acremente. Para algunos fue el más grande de los hombres, tal vez el comerciante más importante de arte chino del siglo XX. Antes de Loo la mayoría de los occidentales habían sido penosamente ignorantes de la antigüedad china. Se habían interesado sobre todo en la cerámica de la dinastía Qing (1644-1911), lo cual dejaba fuera varios miles de años de historia china, incluidos periodos en los que se produjeron algunas de las más notables obras chinas.

Loo cambió todo eso. No sólo comerciaba con objetos, como bronzes arcaicos, cerámica temprana, jades antiguos y estatuaria budista, sino que también educó a toda una generación de coleccionistas occidentales sobre la antigua civilización de China. “Tuvo que enseñarle a Occidente el valor del verdadero arte chino”, dice Lenain. Las piezas chinas estaban clasificadas de una manera muy diferente a las de Occidente. Loo tuvo que inventar un sistema de clasificación completamente nuevo igualando las obras chinas con los estilos occidentales tales como clásico, barroco o arcaico. Produjo catálogos profusamente ilustrados, los cuales en la actualidad se siguen considerando como documentos importantes. “Creó un nuevo diccionario, un vocabulario nuevo”, dice Lenain.

Para otros, sin embargo, Loo no fue sino un villano. Fue un hombre que saqueó casi con sus propias manos el patrimonio chino a lo largo de cuarenta años, comprando un conjunto fantástico de obras de arte provenientes de dudosas manos y a precios dudosos. En china, dice Daisy Wang, curadora de arte chino en el Peabody Essex Museum, en la ciudad de Salem, Massachusetts, “Loo es recordado como el culpable de la disminución de la herencia cultural de la nación”. Loo, dice ella, hizo las veces de “un exótico sirviente chino para su rica y poderosa clientela euroamericana”. Loo se volvió un comerciante bien conocido en China, creando una demanda que produjo una pequeña industria de intermediarios que proveían sus necesidades en tumbas imperiales y monasterios antiguos. Las estatuas aisladas no presentaban problemas para su desplazamiento. Los relieves había que cortarlos. Loo viajaba una vez al año a China para seleccionar las piezas que más le gustaran. Xu Jian, profesor de historia en la Universidad Sun Yatsen en Guangzhou, dice: “C. T. Loo estimuló directa y fuertemente el saqueo de tumbas en China”. En los años de mayor actividad de Loo, continua Jian: “la antigüedad china sufrió pérdidas sin precedentes”.

En una ocasión, Lenain vio un documental en la Televisión Central China, el canal estatal, en el que se sugería “clavetejar sobre un muro” a Loo. Las actividades de Loo, comenta ella, se consideran peores que el notorio saqueo del Viejo Palacio de Verano en 1860 de parte de las tropas inglesas y francesas durante la Segunda Guerra del Opio. La destrucción del palacio —y el traslado de incontables tesoros hacia Europa— sigue siendo para China un amargo recordatorio de su humillación de manos de los occidentales. “Pero C. T. Loo es todavía peor porque él es chino”, dice Lenain. “Él es uno de ellos, y él los traicionó”.

Como si la controversia pública no fuera suficiente, la vida privada de Loo estuvo tan llena de intrigas como los objetos con los que comerciaba. “Su vida fue un *roman*, una novela”,



dice Lenain sobre los secretos develados en la correspondencia. “No podía creer lo que estaba leyendo”.

C. T. LOO NACIÓ en el inefable poblado de Lujiadou, a unos 320 kilómetros al oeste de Shanghái, el 1 de febrero de 1880. Su nombre verdadero era Lu Huanwen. Su padre, adicto al opio, y su madre, trabajadora del campo, murieron cuando él era un niño. Criado por parientes distantes, vivió la dura vida del pueblo. Fue hasta los 28 años, a medio mundo de distancia, en París, donde se las arregló para borrar su genealogía al elegir para sí un nombre más sonoro: Lu Qin Zhai. Diversas variantes de este nombre las emplearon varios occidentales. El curador del Musée Guimet en París fue quien lo abrevió como quedó: C. T. Loo.

Loo llegó en bote a París en 1902 como cocinero al servicio del hijo de una acaudalada familia de comerciantes. En una autobiografía que más adelante empezaría a escribir borró ese dato al igual que su pasado campesino. En breve se abrió camino, al pasar primero de cocinero a asesor de compras para ayudarlo a su patrón a montar un negocio de importaciones chinas que comerciaba con seda cruda, té, tapetes, porcelanas, antigüedades y laca. Algunas de las ganancias se enviaban de regreso a China para ayudar a Sun Yat-sen, quien buscaba derrocar a la débil dinastía Qing y establecer una república.

Loo empezó a aprender el oficio. Lenain dice que él tenía “una idea innata de los objetos”. Iba en aumento el interés en los artefactos chinos, en parte porque había empezado a circular el lote del Viejo Palacio de Verano. En 1908, sintiendo que era el momento, Loo abrió su propia galería pequeña en el noveno distrito.

Fotos en blanco y negro muestran a Loo vestido elegantemente con un franco rostro atractivo. No mucho tiempo después de abrir su galería, Loo cayó bajo el encanto de una sombrerera francesa de nombre Olga. Ambos se enamoraron. Olga ya tenía un benefactor, quien la colocó en el ramo. Ella quiso conservar ambas relaciones y dio con una extraña estratagema. Olga casaría a su hija de quince años con Loo, quien le doblaba la edad. El arreglo —para la hija, Marie-Rose, traumático psicológicamente— duró hasta la muerte de Loo a los 77 años. Tuvieron cuatro hijas. Loo nunca dejó de amar a Olga.



EN OPINIÓN DE LENAIN, C. T. Loo fue un “cazador” más que un coleccionista. Descubría lo que vendía bien y lo obtenía. Al abrir su galería en 1908 adquirió la mayor parte de su inventario con otros comerciantes en Europa. Para 1911 se hizo de

ideas más audaces. Abrió oficinas en Pekin y Shanghái para obtener objetos de lo mayor calidad —esculturas, bronce y jades antiguos— en la fuente.

La elección del momento de parte de Loo fue impecable. En 1911 cayó la dinastía Qing y se estableció una república, poniendo el punto final a miles de años de gobierno imperial. De pronto los objetos imperiales, sacrosantos a lo largo de milenios, se convirtieron en un blanco de burlas. Lenain escribe: “Loo se sirvió a sus anchas en templos, mausoleos, en el Palacio imperial y en las colecciones privadas”. Lenain comenta acerca de la agudeza comercial de Loo: “Provenía de una familia verdaderamente pobre, sin educación, pero él era la persona más lista que he conocido. Olía la oportunidad”.

Loo se convirtió en el proveedor de los museos en todo Occidente, incluyendo al Metropolitan Museum of Art en la ciudad de Nueva York, el Museum of Fine Arts en Boston y el Nelson-Atkins Museum en Kansas City. También hizo negocios con el British Museum en Londres. El majestuoso Buda Amitabha, el Buda chino más grande que existe en Occidente, de casi seis metros de alto, en la actualidad está plantado serenamente en una de las grandes escalinatas del museo. Loo donó la escultura, la cual data de la dinastía Sui del siglo VI, por la vía de la embajada de China.

La transacción más notoria de Loo tuvo que ver con dos relieves en piedra de unos caballos que alguna vez fueron del emperador Taizong (599-649). En cierto sentido son el equivalente a los Mármoles de Elgin. El emperador, a quien con mucha frecuencia se tiene como el fundador de la dinastía Tang, uno de los grandes florecimientos de la cultura china, hizo labrar en enormes bloques de piedra a sus seis caballos de guerra favoritos para decorar su mausoleo. Allí permanecieron durante unos 1300 años hasta 1913, cuando fueron arrancados de la tumba Xi'an. Rotos en pedazos, tal vez luego de padecer un ataque en el camino, en su momento se enviaron dos de los caballos al nuevo presidente de la república. Nunca llegaron a su destino. Cuatro años más tarde reaparecieron de manera misteriosa en la ciudad de Nueva York, propiedad de C. T. Loo.

Loo se enfrascó en una larga negociación con el director del University Museum en Filadelfia, durante la que trató de mantener un precio elevado explicando la enorme dificultad de sacarlos de China. Las personas que trabajaron para él, dijo: “se jugaron la cárcel y hasta la vida”. En determinado momento se acordó el precio en 125 mil dólares. Un artículo de periódico de 1921 celebró el tema de la compra del museo, diciendo que los seis caballos del emperador Taizong eran “tesoros invaluable”. Dos de ellos, sugirió con admiración, habían

La transacción más notoria de Loo tuvo que ver con dos relieves en piedra de unos caballos que alguna vez fueron del emperador Taizong (599-649).

sido “sacados de contrabando del imperio unos años atrás”. Loo sostuvo todo el tiempo que la compra había sido limpia. “Para China”, comenta Lenain, este fue el “más grande de todos los robos”.

ES FÁCIL APRECIAR CÓMO es que las prácticas de C. T. Loo se pueden considerar profundamente inescrupulosas. Pero hay quienes lo defienden. Algunos llegan a sostener que Loo realizó un valioso servicio en favor del arte chino y del reconocimiento de su civilización. Robert Tsao, un rico coleccionista de arte quien hizo su fortuna ayudando a montar a mediados de la década de 1970 el negocio de los semiconductores de Taiwán, es un destacado defensor de la reputación de Loo. Tsao escribió un prólogo a la traducción al chino del libro de Lenain (escrito en francés originalmente), el cual publicó en Hong Kong la New Century Press en octubre de 2013. En sus páginas defiende la idea del mercado del arte que Loo ayudó a crear, discutiendo que los artefactos que no tienen un valor monetario se tienen por despreciables. Cita el ejemplo de un tazón de porcelana azul proveniente de la dinastía Ming (1368-1644) que un granjero desconocido usaba como cacharro para alimentar a sus gallinas. China, dice Tsao, no tiene una tradición orgullosa en la preservación de sus antigüedades. Los emperadores con frecuencia fundían las estatuas de bronce de sus predecesores para acuñar monedas. El saqueo de tumbas tiene una historia de dos mil años y no se puede achacar a la demanda creada por personas como Loo.

“Dicen que los extranjeros nos robaron nuestros tesoros culturales. Exageran para ocultar lo que hicieron ellos mismos”, dice Tsao, recordando la manera en que las Guardias Rojas solían quebrar los rostros de las esculturas de Buda durante la revolución cultural. “De hecho, fue China quien más daño hizo a sus propias reliquias culturales”. Tsao, quien posee algunos jades arcaicos que movió Loo, no niega que el comerciante chino “nada más se dedicaba a hacer dinero”. Pero al hacerlo, comenta, se convirtió en “una especie de embajador de la cultura china”.

Embajador cultural o saqueador en jefe, la suerte de Loo se acabó en 1948. La Guerra civil en China entre los comunistas y los nacionalistas llegaba a su clímax. En julio recibió un telegrama que le informaba que uno de los embarques más importantes de su vida, el cual contenía varios tesoros nacionales, había sido confiscado en Shanghái por los funcionarios de la aduana. Al año siguiente, el triunfo de los comunistas de Mao Zedong en octubre de 1949 selló el destino de Loo. El nuevo gobierno etiquetó como contrarrevolucionarios a los socios



comerciales de Loo en China, parte de un perverso complot para robar el patrimonio de China. Para Loo fue imposible regresar a China.

El año que los comunistas tomaron el poder Loo cumplió 70 años y se retiró. Diciendo que estaba quebrado, Loo inició una venta de liquidación. En la introducción al último de sus catálogos aprovechó la oportunidad para defenderse. “Ciertamente existen algunos compatriotas míos que me condenan por haber sacado antigüedades de China, hoy reconocidas como tesoros nacionales”, escribió. “No importa el objeto que yo haya exportado de mi país, todos se compraron limpiamente en el mercado”. Añadió: “Estoy feliz de que hoy en día los *objets d’art* que exporté se encuentren segura y cuidadosamente preservados para la posteridad, pues creo que de haber permanecido en China muchos de estos bellos objetos habrían sido destruidos”. Loo no podía saber, desde luego, que en breve Mao ordenaría la destrucción de los “cuatro viejos”: las viejas costumbres, los viejos hábitos, la vieja cultura y el viejo pensamiento, desatando un frenesí de vandalismo, en particular contra los templos religiosos de donde habían salido muchos de los mejores artefactos de Loo.

Mi búsqueda de T. C. Loo no termina ni en China ni en Europa, sino en el Museum of Archaeology and Anthropology de la Universidad de Pensilvania, mejor conocido como el Penn, en Filadelfia. Me recibe Alessandro Pezzati, el jefe del archivo del museo, una persona maravillosamente intensa cuyos pensamientos estallan frase tras frase como un *pinball*. Conversamos sobre Loo, en particular sobre los dos caballos del emperador Taizong. “Son invaluable”, dice. Sólo hay seis en el mundo y el Penn tiene dos de ellos. A Loo lo llama el “mayor” comerciante de su generación. Desde luego, dice, no fue un ángel. “La mayoría de las personas son contradictorias, en especial las que dejan una gran marca. Por necesidad tienen cualidades que no son las ideales”.

En el archivo de paredes cubiertas con paneles de madera hay tres cajas de correspondencia entre Loo y George Byron Gordon, el entonces director del museo. La mayor parte tiene que ver con cosas que llegaron a manos de Loo y que le quiere ofrecer a Gordon: bronce, cerámica y pintura. Algunas de estas cartas discurren sobre los dos caballos en piedra de la tumba del emperador Taizong. Pezzati dice que la postura del Penn siempre ha sido que los caballos se compraron legalmente. “Si se robaron, nosotros no los robamos”, dice. “Existen capas, T. C. Loo es una de esas capas”.

A pesar de la controversia no ha habido presión oficial de parte de China para la devolución los caballos, aunque un periódico informó que los relieves figuraron en la lista inicial de

“La mayoría de las personas son contradictorias, en especial las que dejan una gran marca. Por necesidad tienen cualidades que no son las ideales”.

puntos a tratar para el histórico encuentro de 1972 entre Mao y Richard Nixon. En 1997, Jiang Zemin, presidente de China, pidió ver los caballos durante una visita de Estado a Estados Unidos. Los funcionarios del museo informaron que la delegación china quedó “impresionada” con la rotonda cavernosa en el que estaban expuestos los tesoros.

La rotonda, de hecho, es impresionante. Su domo de catedral empequeñece a los dos caballos de piedra, labrados en bloques de piedra de 1.80 m de alto y 2.10 m de ancho y de 30 cm de espesor. Uno de los caballos avanza con valor no obstante haber sido flechado en la batalla. El segundo, el único de los seis a quien acompaña una figura humana, aparece inamovible en el momento en que un general le extrae flechas del pecho.

Poco después de la adquisición de los caballos, Carl Bishop, entonces curador de la División de Asia del museo, proclamó su renombre y su belleza. “Tal vez no existan otros caballos que se hayan vuelto tan famosos”, dijo. “Del artista que creó estas obras maestras no sabemos prácticamente nada [aunque] las esculturas mismas lo proclaman como uno de los más grandes artistas de cualquier época o nación”.

Las pequeñas cédulas del museo junto a los relieves ofrecen una breve descripción de los caballos, sus nombres y su enorme significado para el emperador Taizong. En ningún lado se menciona a T. C. Loo.

La prehistoria en la América Media

Alfred M. Tozzer



Parte de la amplia genealogía de mayistas nacidos en Estados Unidos, Alfred Marston Tozzer (1876-1965) llegó a la península de Yucatán como lingüista en el invierno de 1902. Entonces contaba con el apoyo del Archæological Institute of America y vio a E. H. Thompson dirigir el dragado del Cenote del Sacrificio en Chichén Itzá. Fue el primer estudiante de etnología en trabajar entre los lacandones y al cabo de tres años reunió material suficiente para su tesis doctoral (1904) y dar forma a un curso de antropología sobre los mayas (1905), así como una gramática maya (1921). Se integró a la Universidad de Harvard como pro-